



Fernández Liria, Carlos, *En defensa del populismo*, Catarata, Madrid, 2016, 240 pp.

La proliferación de discursos orales y escritos con la palabra “populismo” en múltiples contextos, el académico y, fundamentalmente, el de los medios de comunicación, denota que no solo podemos decir que el término “está de moda”, sino también que necesita reconsideración, análisis y comprensión.

El contexto político actual no solo exige la aclaración y el estudio de aquello que sea el populismo con fines divulgativos, sino también una discusión en torno al mismo de la manera más rigurosa posible. Entre las aportaciones más notables a la polémica en torno al populismo cabe resaltar el libro *En defensa del populismo* de Carlos Fernández Liria.

¿De qué hablamos cuando hablamos de populismo? El libro trata de contestar esta pregunta, y, más concretamente, plantea la cuestión de a qué necesidad responde un proyecto político populista. El autor, que sostiene la necesidad de defender este proyecto, lo vinculará con una problemática mucho más antigua y radical, a saber, qué posibilidad tiene la verdad en un mundo político compuesto por seres humanos que, lejos de ser meramente racionales, son sobre todo seres nacidos del sexo y sin saber hablar. Dicho de otra forma: «¿Cómo explicar lo que es la luz en el lenguaje de las sombras?» (30).

En este ensayo el autor, siguiendo con su defensa de la Ilustración que destaca a lo largo de toda su obra, desarrolla su hilo argumental de la mano de autores tales como Marx, Régis Debray, Freud y Lacan. Con ellos pretende dar cuenta de las “malas noticias” –o “derrotas”– que el capitalismo y el inconsciente han traído al proyecto político ilustrado, generando por tanto una necesidad paradójica: «Mientras la razón no sea mitológica –decían [citando a los jóvenes Hegel, Schelling y Hölderlin]– ningún interés tendrá para el pueblo. Mientras que la mitología no sea racional, el filósofo tendrá que avergonzarse de ella. Necesitamos –concluían– una “mitología de la razón” o una “razón mitológica”»(141).

Para dar cuenta de la necesidad del populismo, Fernández Liria ubica el concepto dentro de la solución a un problema previo. El populismo no es más que la respuesta a un entramado de dificultades propias del ser humano y por tanto del mundo político y social, que tiene que ver con que éste no está tejido de razones sino más bien de síntomas. Desde el psicoanálisis se demuestra que los síntomas no se combaten diciendo la verdad, pues estos son la señal de algún desajuste entre un deseo inconsciente y la imposibilidad de satisfacerlo. Se manifiestan de múltiples y extrañas maneras como pueden ser las fobias o las obsesiones, que lejos de responder a razones “objetivas” responden a otro tipo de mecanismo conformado por deseos y “pulsiones” inconscientes. Para explicar en qué medida ésta es una mala noticia para la política, el autor recurre a Lévi-Strauss y lo relaciona con Freud. Para el antropólogo francés, las sociedades “neolíticas” se mantienen en un equilibrio, en un tiempo cíclico de ritos y costumbres capaces de resistir al paso del tiempo, lo que

conforma la cultura. Si decimos que en nuestras sociedades también hay estructuras capaces de resistir a la historia, lo que llamamos tradición, podemos decir, ahora sí, de la mano de Freud, que en el ámbito individual sucede algo parecido. El síntoma vendría a ser lo equivalente a los ritos, mitos y costumbres pero de carácter privado. Los síntomas neuróticos componen nuestra identidad, no grupal, sino individual, nuestros rasgos de carácter. Si los ritos y mitos –tanto privados como grupales– cumplen una función, la religión también, pues, como afirma Freud en *Tótem y Tabú*, ésta no es más que una neurosis colectiva. Así pues, en contra de todo pronóstico ilustrado, Fernández Liria nos recuerda la fatalidad que conlleva ser seres humanos: «Contra todas las previsiones, la secularización y, en último término, el ateísmo no nos han hecho menos supersticiosos, sino todo lo contrario. La minoría de edad religiosa ha sido sustituida por un conglomerado informe de ritos privados y síntomas neuróticos. Los ritos colectivos pretenden tener razón. Los ritos privados no. Los primeros tienen al menos el correctivo de la razón, porque pretenden tenerla. Los ritos privados, en cambio, son como síntomas neuróticos. Ni siquiera pretenden tener razón y, por lo tanto, son inmunes y sordos respecto de cualquier argumentación» (71). Dicho esto, se puede comprender de qué manera se afirma insistentemente a lo largo del libro que el discurso político no tendrá que atenerse simplemente a decir la verdad, pues los receptores no son meramente racionales, son hijos e hijas con una lengua materna, unas lógicas de pertenencia, unas costumbres e identidades plurales y con una historia familiar que han tenido que “superar”, a través de las cuales sienten el mundo (y no solo lo *piensan* racionalmente –para lo cual sólo bastaría con educación–). La complejidad a la cual el autor apunta reside en el hecho de que los sujetos políticos, lejos de ser capaces de regirse únicamente por su razón, son a la vez sujetos con identidades diversas, y fundamentalmente “Edipos” intentando alcanzar la felicidad: «Si estamos afirmando la importancia de Freud es porque pensamos que Freud descubrió a este respecto un elemento sin el cual era imposible tomarse verdaderamente en serio el problema de la minoría de edad, es decir, el problema de la incrustación del sexo en el lenguaje»(168).

El libro trata de asumir un diagnóstico social y antropológico desalentador, pero severamente realista para cualquier proyecto político que pretenda ser hegemónico. El análisis que se realiza, en gran parte de los capítulos, acerca del material antropológico con el que todo proyecto político transformador tendrá que contar para disputar la hegemonía a los poderes fácticos resulta, en mi opinión, la aportación más relevante. Podría decirse que su aportación reside no solo en establecer una articulación en torno al pensamiento de autores como Lévi-Strauss, Freud y Régis Debray para diagnosticar el universo político y social en el que nos movemos, sino también en dar una lección política en forma de ensayo académico a aquellos proyectos y discursos contruidos en torno a las ideas marxistas más mecanicistas y deterministas, que consideran que solo con decir la verdad bastaría para combatir los errores en los que cae “el pueblo” al elegir una u otra alternativa política.

«Cuanto más ateísmo más religión» (46), es decir, «la gente deja de ser católica y empieza a ser piscis o sagitario. Se deja de ir a la iglesia y se comienza a asistir a una terapia de día en los centros de salud»(45). Así de duras y provocadoras pueden sonar algunas afirmaciones a lo largo del libro, aunque lo cierto es que nada de rigor le faltan a la luz de las conclusiones extraídas de la lectura de Régis Debray en la *Crítica de la razón política*, a la cual se le dedican algunas páginas para explicar aquello que se denominó “la lógica de pertenencias”. De esta lógica se desprendería que los

seres humanos, lejos de sentirse “hermanados” por una república cosmopolita, se identifican con un grupo bien determinado por una particularidad tribal, supersticiosa, nacional, racial, etc. Es decir, «la lógica de los colectivos y su organización tiene una sintaxis religiosa»(47), por lo que sería necesario levantar una verticalidad para cerrar organizativamente el grupo y ésta podrá ser carnal, simbólica, física o mítica. La mala noticia podría resumirse en que, frente a lo que podría suponer el pensamiento ilustrado, «lo político no puede prescindir de lo religioso»(48), puesto que, como se intenta demostrar en el libro, todo cierre organizativo en el más acá exige postular un más allá.

Si la religión forma parte de la condición material de lo colectivo, la cuestión a la que le corresponde el siguiente paso a tratar pasa a ser la hegemonía, la batalla cultural: «el aspecto hegemónico de la cuestión es crucial: la hegemonía se ejerce, fundamentalmente, apropiándose de lo que solemos llamar “el sentido común”»(51). ¿Cómo ganar la batalla discursivamente de tal forma que un “pueblo” se reconozca a sí mismo como sujeto en un proyecto político?, ¿cómo construir identidad de “pueblo”?, ¿cómo generar un “nosotros” y por tanto un “ellos” *de sentido común*? La respuesta del autor está dada. El republicanismo es irrenunciable y el populismo es la vía necesaria para moverse en ese universo de síntomas afectivos imprevisibles: «Se trata, sencillamente, de reivindicar los derechos e instituciones clásicas del pensamiento republicano, al mismo tiempo que se demuestra que son enteramente incompatibles con la dictadura de los mercados financieros en la que estamos sumidos»(127). Fernández Liria sitúa la solución en una consigna: “Más Kant y menos Laclau”, pero sin prescindir de Laclau, pues hará falta toda una estrategia discursiva capaz de conectar con el *sentir* general, para saber demostrar algo de *sentido común*, a saber, que el Parlamento bajo condiciones capitalistas es una estafa.

La verdadera apuesta teórica y política del autor no consiste en elaborar exhaustivamente una teoría populista. Sin embargo, esto no le resta ni un ápice de importancia a cualquier lector que se interese por el fenómeno populista. La importancia del libro reside en la capacidad de dibujar un mapa conceptual que por un lado revive y actualiza a los autores clásicos y que, por el otro, arroja luz sobre por qué se hace necesario hoy más que nunca un proyecto populista. Si bien es cierto que el autor no se hace cargo hasta las últimas consecuencias de la teoría de Laclau, autor que desde luego se ha introducido con fuerza en el debate académico y político en estos últimos años, cabe resaltar que la indudable riqueza de este libro reside en la brillantez con la que Carlos Fernández Liria expone sus argumentos. Esto tiene que ver con su capacidad para desenmarañar los problemas teóricos y políticos de relevancia, que permite a su lector ubicar las piezas elementales en su sitio de la mano de autores fundamentales de la historia de la filosofía. En definitiva, esta obra nos ofrece, con una virtuosa sensatez y rigor, un marco de sentido y contextualización a una problemática de innegable relevancia social, política y académica.

Adara Cifre Eberhardt